Las Marcas, el Lazio y ROMA

Un viaje de Ion Ibáñez

1 - Empecé el viaje en las Marcas visitando: la Repubica de San Marino; San Leo; Urbino; Urbania; Fano; Pesaro; Jesi; Santuario de Loreto y finalizando en Ascoli Piceno.

2 – Atravesando los Apeninos llegué al sur de Umbria visitando: Spoleto, Todi y Orvieto; Continué el viaje por el Lazio visitando: Civita di Bagnoregio; Bolsena; Montefiascone; Tuscania y Tarquinia.

3 – Proseguí con: Viterbo; Bomarzo y sus "monstros; Caprarola; Sutri; en el lago Bracciano visité: Trevignano Romano, Anguillara Sabazia, y la ciudad de Bracciano

4 – Ostia Antica; en los Castelli Romani visitando: Castel Gandolfo y Rocca di Papa; en el mar Tirreno visité: Terracina, Sperlonga, la gruta de Tiberio y Gaeta; en la ruta de los Apeninos: Montecassino, Alatri, Anagni y Villa Adriana en el Tivoli.

5 – ROMA: el Capitolio; la Piazza Venezia; el teatro Marcelo; el Foro Romano; el Palatino; el Coliseo; el Arco de Constantino; Foros Imperiales; en los barrios del Campo de Marte de la antiguedad: la Piazza Navona, el Campo dei Fiori, Piazza della Rotanda y el Panteón.

6 – ROMA - Piazza di Spagna; por el barrio del Quirinal: La Fontana di Trevi; la Basílica Santa María Maggiore; San Giovanni in Laterano; el Circo Maximo; Santa Maria in Cosmedin; el Trastevere; el Tiber; el Vaticano, sus museos, la Capilla Sixtina; el Ponte y Castel San'Angelo.

Esté es viaje por una calurosa tierra, encantadora y luminosa en la que se percibe la "fragancia" de la historia y donde dejarse arrullar por esas sensaciones que hemos perdido en la vida moderna. El sabor del aire, el olor de la tierra y aquellos tonos fuertes del azul intenso del cielo, el mar y los lagos.

Era un lugar para evocar, para sentir, para crecer hacia dentro y meditar sobre la vida y hasta qué punto la vida merece la pena ser vivida. Aquella vida y aquella luz sentaban muy bien y una vez me acostumbré a este nuevo entorno recreaba a mi alrededor un paraje familiar, tranquilizador.

Recorría paisajes admirando las bellezas que me deparaba y disfrutando de la variedad paisajística y riqueza monumental que me reservaba y donde los campos se veían cada vez más hermosos con cada kilómetro que viajaba.

El constante telón de fondo de las montañas, cubiertas de prados verdes, estaba siempre a la vista para recordarme la naturaleza volcánica de la zona por la que viajaba y los bosques se extendían por las colinas bajas hasta donde alcanzaba la vista y aparecían salpicados de pequeños y antiguos pueblos.

Sus pueblos pintorescos, que han permanecido casi inalterados, y que conservan ese confortable espíritu rural con calles empedradas y casas de colores colgando de las laderas donde los prados, que se extendían debajo de ellos, eran de un verde exuberante.

Y sus ciudades, pequeñas y plenas de una arquitectura encantadora y una rica historia se hallan alejadas de los circuitos turísticos más populares y parecían todavía por descubrir.

Las marcas comparte las características más llamativas de sus regiones vecinas mezcladas con su carácter único. La cadena montañosa de los Apeninos cruza de norte a sur Le Marcas aislándola de comarcas más populares, como Umbría, Toscana o el Lazio y en su geografía se esconden innumerables joyas esperando ser descubiertas por quien, en busca de lo auténtico, huye de aglomeraciones turísticas.

Mientras en la rivera Adriática se descubren playas de arena fina rodeadas de edificios vacacionales y animados bulevares litorales, otras son tranquilas calas pequeñas envueltas en vegetación y rodeadas de parques naturales.

Pero el interior es donde Las Marcas revela todo su esplendor con ciudades que son un escaparate de

arte e historia medieval y renacentista.

El Lacio, por la proximidad de Roma, queda en segundo plano para el turismo. Quizás sea una zona turística para los romanos que huyendo de su capital, invadida por medio mundo, buscan en sus pequeños pueblos, la naturaleza y los baños en las aguas del mar Tirreno o de sus bonitos lagos volcánicos rodeados de tranquilos pueblos. Posee también ciudades de arte y cuya historia se vincula a la influencia del papado y por lo tanto a las grandes familias que influenciaron e intrigaron en la corte pontificia. Familias que promovieron el mecenazgo he impulsaron la creación artística embelleciendo sus feudos.

Esté fue un viaje rápido, de solo cuatro semanas, que me permitió vivir emociones intensas pero también me dejó la pequeña amargura de localidades no visitadas y lugares donde debería haber pasado más tiempo. Destinos tranquilos y encantadores donde descansar, pasear al sol o recorrer a pie encantadoras zonas naturales.

Dediqué tiempo a Pesaro pero no visité su parque natural de tranquilas calas. Tampoco el parque natural del monte Comeno donde la playa Due Sorelle, blanca y pura de aguas cálidas se halla olvidada por las prisas.

La preciosa Urbino la visité demasiado rápido y en la increíble Ascoli Piceno debería haber pasado más tiempo sentado en su Piazza dei Popolo, recorriendo sus calles o descubriendo su especial entorno de barrancos, ríos, valles y altas montañas.

Las ciudades históricas Umbras de Todi, Spello y Orvieto pasaron demasiado rápido y que decir de los lagos del Lazio, visitados a la carrera al igual que los Montes Albanos y los Casteli Romani. En la costa Tirrena Sperlonga, a pesar del calor, era un lugar encantador y tranquilo para dedicarle más tiempo, pasear por sus calles, admirar el mar y descansar en sus solitarias playas. En Gaeta, la población entre dos costas, se podían haber pasado unas vacaciones enteras ya que ofrecía de todo, playa, puerto y un entorno natural de bellas colinas con el fondo del horizonte en el mar.

Y en Roma me agoté de caminar pero al relato le faltan los jardines de la villa Borghese, las termas de Caracalla por la enormidad del complejo, la iglesia de San Pablo extra muros y un paseo por los jardines del Janiculo y muchos otros lugares para la que considero la capital europea más bonita.

1 - Empecé el viaje en las Marcas visitando: la Repubica de San Marino; San Leo; Urbino; Urbania; Fano; Pesaro; Jesi; Santuario de Loreto y finalizando en Ascoli Piceno.

SAN MARINO

Atravesé Italia conduciendo por lentas carreteras en un agotador, y una mala planificada ruta, que franqueaba los Apeninos. Subía por altos puertos de montaña siguiendo serpenteantes carreteras que se abrían paso entre las montañas cercadas hacia el infinito horizonte de tupidos bosques que se extendían como un mar verde y envuelto en las densas nieblas de aquel agreste territorio de montes, bosques y barrancos.

Llegué cansado… agotado al parquin de autocaravanas de San Marino (los párquines escalonados al pie del teleférico).
A mi llegada unos amenazantes nubarrones que prometían lluvia, truenos y relámpagos por doquier comenzaron a surgir de la nada… Por momentos las nubes se abrían fugazmente y dejaban pasar unos tenues rayos de luz, momentos que aprovechaba para subir a la roca.
Accedí, a la capital de este pequeño estado, subiendo a pie desde el área de AC. Después de conducir tres días tenía una imperiosa necesidad de mover las piernas. Remontaba por la ladera de la montaña siguiendo tramos de carretera, senderos y escaleras que culminaban al pie de las murallas de la ciudad alta. Descubriendo en cada recodo unas magníficas vistas del valle circundante.

El cielo oscuro estaba cargado de nubarrones que amenazaban con descargar en cualquier momento, y abundantes chubascos me obligaban a buscar refugio o regresar al vehículo a esperar a que el sol apareciese velado entre las nubes para volver a ascender a lo alto.

Esta pequeña ciudad fortificada aparecía encaramada sobre la cima de una colina (el monte Titan) de 657 metros de altura. Entrando por la porta San Francesco me encontré con una población de estilo medieval, invadida por los turistas. Todo me pareció muy turístico. Cientos de comercios bordeaban sus atractivas calles. Repletas de negocios, cafés y hoteles. Souvenires, coleccionismo de monedas y sellos, armas, perfumerías, restaurantes y… muchísimos recuerdos con la imagen de Mussolini.
Un entresijo de demasiados negocios que vendían casi todos lo mismo. Caminaba sorteando los grupos de gentes que atestaban las calles, me abrumaba el gentío, el mal tiempo y el cansancio del viaje

Pero aun así el centro histórico es hermoso, limpio, bien cuidado, tranquilo y sencillamente encantador recorrer, en las zonas tranquilas, sus calles empedradas que suben y bajan llenas de encanto con distintas vistas a un paisaje espectacular hacía el declive natural que llega al mar Adriático. A la noche las tiendas cierran, la muchedumbre desaparece y los faroles dan un encanto especial que invita a caminar por las silenciosas callejuelas.

Ascendí por la calle principal entre atestadas, tumultuosas y estrechas calles que confluían en el corazón de la ciudad y por la via Basilicius llegué a la Piazza Titano y continuando a la Piazza Garibaldi y la Piazza de la Libertà.

La Piazza della Libertà concentra la atención con sus vistas maravillosas. Asomado al mirador disfrutaba de la brisa fresca e intensa en aromas del bosque que rodea la ciudad y por encima de los tejados podía ver los campos que se extendían más allá. Aquella nítida vista la dominaban las montañas y los prados salpicados de las aldeas que componen la republica de San Marino. En la amplia explanada de la Piazza de la Libertà se encuentra la estatua central y el Palazzo del Governo.

Al segundo día, los cielos plomizos del comienzo se estaban despejando y hacía un día luminoso y con bancos de niebla en el valle. Callejeaba por las vías de la ciudad alta, las más tranquilas por la falta de comercios. Buscaba esos sitios solitarios y pintorescos en los momentos tranquilos en los que el abarrotado casco histórico se hacía más agradable. Desde los paseos de la barbacana que encierra la villa tenía bonitas perspectivas de los tejados de la ciudad.
Saliendo de las murallas una serie de senderos subían hacia la cresta de la montaña y mientras caminaba, por el largo y estrecho paso que conducía a la empinada ladera, me permitían disfrutar de un entorno natural deslumbrante y un bosque de pinos cuyo intenso aroma llenaba el aire.

Estos caminos sinuosos, escalonados o tallados en la roca me llevaron serpenteando alrededor de la ladera del pétreo cerro sobre el que se ubicaban consecutivamente tres castillos. El Castello della Guaita del s XIII y el Castello della Cesta s.XIV y el Montale.

Lugares que ofrecían unas maravillosas vistas de la situación de San Marino, la región circundante y al fondo el mar.
Los tres pitones están coronados por torres y un camino de ronda que los une con unas magníficas vistas sobre la planicie de Rimini y el mar. Con buen tiempo se puede contemplar la costa Dalmata.

Según cuenta la leyenda, la ciudad fue fundada en el s.IV por un cantero llamado Marino. Huyendo de las persecuciones a los cristianos, decretadas por el emperador Diocleciano, Marino se refugió en el monte Titano donde continúo su trabajo de cantero y su labor religiosa que le proporcionó una reputación de santidad. Atrayendo discípulos y seguidores a esta montaña. Una princesa le regalo la propiedad de la montaña como gracias por la curación de sus hijos. Y así fue como Marino se convirtió en fundador de una comunidad y de la futura república.
En gran medida, a lo largo de la historia, San Marino ha permanecido abandonado a su suerte. Y con la suerte de, excepto en contadas ocasiones, permanecer independiente y neutral a lo largo de la historia. Durante la segunda Guerra mundial decenas miles de refugiados buscaron asilo dentro de sus murallas. En 1944 fue bombardeada y posteriormente tomada por los aliados. Desde el 2008 forma parte del patrimonio mundial de la Unesco.

SAN LEO

A tan solo 16 km de San Marino y siguiendo una ruta escarpada y sinuosa, arribé a este diminuto pueblo precioso. Un pueblo de ensueño, amurallado y perfectamente conservado, encaramado en una colina en el marco de un entorno con unas vistas sensacionales.

Nada más cruzar la puerta de la población tuve la sensación de haber dada un salto atrás en los siglos. Era como un remanso de paz a salvo del tiempo, un magnífico ejemplo de pueblo inmutable. Caminaba por calles y plazas de un hermoso casco antiguo, muy bien conservado, y donde entreveía la vida común de todos los días de cualquier pequeño pueblo italiano. De los pocos comercios que había brotaban olores a embutidos y quesos curados, de sus bodegas surgían efluvios a vinos, de sus panaderías salían aromas a pastas. En su plaza había algún pequeño restaurante donde reposaban alguno de sus habitantes y unos pocos turistas. Un lugar tranquilo donde pasar un agradable día soleado. Un lugar en el que reinaba un silencio casi total, aquí y allá interrumpido solo por vagos susurros y esporádicas voces.

La fuente, protegida por las casas de la plaza, sólo se oía el arrullo del agua al caer y la tranquilidad invitaba al recogimiento, el lugar se sumía en su propio sueño.

Cada rincón de aquellas calles parecían tener algo que ofrecer y pequeñas tiendas de arte, artesanía o cerámica se abrían en antiguas mansiones de piedra rustica, edificios románicos y edificios renacentistas como el Palacio de los Medici, la residencia de los condes Severini-Nardini y Palazzo Della Rovereo. Francesco Maria II della Rovere. Esté, último duque de Urbino, solía visitar las ciudades de su pequeño estado y construyó un pequeño pero elegante palacio donde poder alojarse cuando estaba en San Leo. El edificio ahora se usa como el Ayuntamiento.

San Leo posee dos de las más hermosas iglesias románicas tempranas en Italia. La Iglesia parroquial románica de Santa María Assunta es el más antiguo monumento religioso de la región de Montefeltro. La tradición cuenta que el edificio fue erigido en el lugar donde estaba la celda en la que San Leo (amigo de San Marino) se retiraba en oración, y su construcción se inició a principios del siglo IV por el propio San Leo, un cortador de piedras de Dalmacia, que fundó la primera comunidad cristiana en la región.

El Duomo, la Catedral de San Leo, de estilo románico-lombardo 1173 fue levantada en una formación rocosa en donde se celebraban cultos religiosos desde la prehistoria. Es de estilo románico y construido con enormes bloques de piedra.

La riqueza arquitectónica de la aldea es consecuencia de los importantes acontecimientos históricos y militares que tuvieron lugar en este territorio. Una vez la población se llamó Monte Feltro, de Mons Feretus, un nombre vinculado al importante asentamiento romano construido alrededor del templo dedicado a Júpiter Feretrio. Desde el año 1000 el nombre de este lugar fue San Leo (IV dc) por ser el evangelizador.

La antigua ciudad fue escenario de batallas civiles y militares por cerca de un milenio. Entre los años 962-964 fue capital de Italia. El paso de san Francisco d'Assisi., el 8 de mayo de 1213 (En la plaza hay una placa señalando el lugar de residencia del santo) y de Dante Alighieri en 1306, mencionada en la Divina Comedia, contribuyeron a enriquecer la historia y la leyenda de este importante centro. San Leo se convirtió en una ciudad-estado independiente hasta 1359 cuando el cardenal Albornoz restauró la autoridad papal sobre la región.

A fines del siglo XIV, un período de gran confusión política, los Malatesta, una familia que gobernó Rímini y otras ciudades, adquirieron San Leo. En 1441, el Montefeltro logró tomar el castillo y la ciudad. Entre 1497 y 1521 tres papas (Alejandro VI Borgia, Julio II de la Rovere y Leo X Medici) intentaron convertir Montefeltro y San Leo en un feudo para sus familiares. En 1516 los florentinos conquistaron la fortaleza de San Leo y el evento fue considerado como un logro militar. En 1631 el Ducado de Urbino llegó a su fin y fue absorbido por el Estado Papal. Y San Leo permaneció en poder del Vaticano.
Hoy San Leo está catalogado como uno de los "pueblos más bellos de Italia" y no por casualidad ya que su centro histórico desprendía un gran encanto que me cautivó. La visión de las casas o los campanarios y desde sus jardines contemplaba una perspectiva de verdes colinas que se alzaban más allá… Dejando ver decenas de kilómetros de verde bosque.

Lucía un cielo magnífico, de un azul intenso y un aroma de… era como un suave perfume a naturaleza, y elevando la vista por encimas de las casas aparecía dibujada la silueta de la fortaleza de San Leo, en el horizonte de la colina. El conjunto descansaba en un escenario de colinas cubiertas de vegetación y sus muros se erigían por encima de una interminable escarpadura de roca.

Un sendero, tapizado de hojarasca, subía en suave pendiente a la cima de la roca a 639 m de altitud. Esté impresionante castillo impacta por su construcción y ubicación en la cúspide del saliente rocoso. La fortaleza de San Leo, perdida ya su importancia militar, su fama se debe sobre todo a sus temibles prisiones ya fue utilizada como prisión de alta seguridad. Un lugar de torturas, prisión y muerte de numerosas personalidades a manos del papado. Aquí murió el conde de Cagilostro, adepto al ocultismo y un personaje singular de su época, fue alquimista, curandero y un busca vidas que la iglesia castigo a cadena perpetua. Hoy se visitan sus calabozos y salas de torturas.

Desde este lugar contemplaba el inmenso panorama característico y bello de la región. La vista abarca la hermosa campiña que rodea la roca con valles rodeados de antiguos montes de perfil suavizado por el tiempo. Y abajo aparecían los tejados y campanarios de la iglesia y la catedral de San Leo.
Las colinas comenzaron a bañarse del brillo rojizo del sol que se ponía por el Oeste y me aproximé al lugar de pernocta, una explanada tranquila y silenciosa, a la entrada del pueblo. Después de cenar regresé al pueblo a disfrutar de su serenidad y sentado, leyendo una novela, gozaba de una noche cálida. La brisa que soplaba por el pueblo era suave y llevaba en ella el dulce aroma de los huertos y los pinos de las colinas de abajo.

URBINO

El viaje hasta Urbino fue precioso atravesando la campiña italiana por pequeñas carreteras de montaña en las estribaciones orientales de los Apeninos. A mí llegada estacioné en el parquin del Parco della Resistenza, ya que en las direcciones que llevaba indicaban este lugar como una zona de pernocta.

El parque estaba situado en la zona superior de la parte antigua de la ciudad de Urbino es, sin duda, el mejor lugar para disfrutar de la fantástica vista de la ciudad. Elevado sobre la colina opuesta al Palacio Ducal. Las vistas de esté, en su integración invisible con las casas que lo circundan y en oposición al verde y ondulado valle eran espléndidas e inolvidables.

Me sentí inmediatamente embargado por la amplia belleza del paisaje. Tenía una espléndida vista de la ciudad con una atmosfera muy serena, un panorama hecho de techos y fachadas decididamente evocadoras. Era la gran postal de Urbino.
El día había amanecido maravillosamente claro, el cielo lucía un azul radiante y deslumbrante. La luz inundaba la ciudad con un resplandor cálido… era como una piedra preciosa que refulgía bajo la luz del sol iluminando aquel laberinto de tejados, torres y campanarios.

Me permití una ensoñación, durante un momento, ante la perspectiva de un manto de casas desordenadas rodeadas de altas murallas sobre las que descollaba el palacio ducal con sus dos torres gemelas dominando, con su tamaño y magnificencia, al resto de las edificaciones y al fondo aparecían las suaves colinas de las Marcas.
Y su color… Urbino se mostraba espectacular y homogéneo construida toda su arquitectura de casas, palacios, iglesias y murallas con el arcilloso ladrillo que le da su característico color a tierra.

Me adentré en la ciudad bajando de la colina por una serie de callecitas, mágicas e italianas, donde no parecía pasar el tiempo. Descendía a trompicones por las calles empinadas, a menudo estrechas, encerradas y sombrías, iluminadas aquí y allá por la luz de los rayos del sol.

Recorría calles estrechas y sinuosas, estiradas e infinitas. Cada esquina, cada rincón me regalaba una nueva y hermosa escena que contemplar. Descendía mirando hacia lo alto de aquellas paredes de ladrillo rojo... con riesgo de una fatal caída.

Bajando por la via Mazzini arribé, pasando por la Porta Valbona, en la Piazza Mercatale que era un caos de turismos y autobuses de línea o turísticos. Desde esta posición observaba, con mayor detalle, la bella fachada del palacio Ducal con la logia blanca de tres pisos en forma de arco de triunfo flanqueada por torres circulares.

El palacio parecía en efecto una ciudad en sí mismo. El aspecto imponente del palacio, su imagen defensiva y militar, se fundía en absoluta integración con el núcleo urbano, de tal forma, que hasta que no se pasea a sus pies es difícil distinguir sus límites y contornos.

En el interior de un enorme torreón se esconde la rampa helicoidal, fue construida por el duque Federico de Montefeltro para que pudiera montar su caballo todo el camino hasta su palacio. Por detrás del torreón inicié la ascensión a lo alto de las murallas. El paseo me conducía por rampas y callejas que serpenteaban entre una multitud variopinta de viviendas superpuestas y apretadas en el interior de las murallas.

Una de las razones por las que en Italia es tan fácil encontrar impresionantes patrimonios monumentales en prácticamente cualquier lugar, incluso en ciudades y pueblos pequeños, fue la fragmentación política del país (que no existió como tal hasta 1865). Dicha fragmentación generó históricamente una enorme competencia entre las ciudades Estado por sus respectivas primacías regionales. Y en épocas de auge económico, como el Renacimiento, tuvo consecuencias verdaderamente espectaculares.

Urbino, sometida a la familia de Montefeltro desde el s. 12, conoce su máximo esplendor bajo el poder del condontiero Federico de Montefeltro 1444-1482. Coleccionista y mecenas que reunió a insignes artistas, arquitectos, representantes que la cultura humanística renacentista italiana y eruditos de su época para crear una suerte de gabinete de ideas renacentistas. Urbino adquirió su monumentalidad artística, cuya influencia se extendió ampliamente por el resto de Europa, hasta convertirla en una de las capitales del Renacimiento italiano.

A principios del siglo XVI, al morir el último Montefeltro sin sucesor directo, Urbino pasa a manos de la familia Della Rovere. Esta familia estaba vinculada al papado ya que dos de sus miembros fueron nombrados papas (Sixto IV y Julio II, el de la capilla sixtina).

Finalmente, a partir de 1631, es la iglesia quien se hace con los dominios de Urbino aunque la ciudad jamás recobrará el brillo de antaño.
Numerosas obras de arte, pertenecientes al palacio de Montefeltro, fueron enviadas al Vaticano y posteriormente, por la influencia de los Medici a través de matrimonios, otras muchas fueron enviadas a Florencia. No es poco lo que le debe la Galleria degli Ufizzi a la corte de los Montefeltro.

Por el Corso Garibaldi, pasando al pie de la fachada de las dos esbeltas torres y la logia del palacio, llegué al centro de la población, la Piazza della Repubblica. Rodeada de algunos imponentes palacios, como el Albani, es esta plaza una de las más animadas de la ciudad, con varias terrazas y restaurantes. Esta Piazza conecta con todas las puertas de la muralla así como con las callejuelas más pequeñas que suben al Palazzo Ducale o a la Fortezza desde la entrada principal y que proporcionaban estampas inolvidables.

En su “fontana” donde los estudiantes, (que en Urbino son multitud por su importante e histórica universidad), celebran su graduación.

El centro Urbano es pequeño de manera que saliendo de la Piazza della Republica y pasando por la Piazza Rinascimento enseguida se llega a la Piazza Duca Federico donde se hallaba una impresionante colección de monumentos. Un obelisco egipcio, la fachada posterior del Palazzo Ducale, el Palazzo Petrangolini, la iglesia de San Domenico y el Duomo.

El Duomo, anteriormente una iglesia renacentista, que tuvo que ser reconstruida en el siglo XIX tras un terremoto que tuvo lugar a finales del XVIII. Hoy resalta por la blancura de la neoclásica fachada añadiendo belleza en contraste con el terroso ladrillo de la ciudad y llama la atención, especialmente, las siete estatuas de santos que parecen custodiar el templo justo delante del mismo.

El obelisco que se encuentra justo enfrente del palacio, entre su fachada lateral y la iglesia de San Doménico, es originario de Egipto como no podría ser de otra forma. Aunque la mayoría de los 12 obeliscos egipcios presentes en Italia se localizan en las distintas plazas de Roma, en Urbino también podemos encontrar uno de ellos.

En seguida apareció el palacio con su magnitud descomunal. Construido con el mismo material que los edificios de la ciudad queda completamente integrado con el conjunto urbano. Tenía un bello patio portificado o cortile a cuyo alrededor se articulaba todo el edificio que alberga hoy la Galeria Nazionalle delle Marche. Una excelente pinacoteca que conserva obras significativas de todo el Renacimiento.

Paseando por su centro histórico percibía el ambiente del siglo XV. Visitar Urbino era un espectáculo más allá del interior de sus edificios o de sus museos. La ciudad era un museo en sí misma y sus principales atractivos era sus plazas, sus calles y el encanto que emanaba de su atmosfera…en el calor ocre de la piedra de sus edificios o la influencia de ese sol particular que bañaba la región.

Conforme avanzaba, por las tranquilas y estrechas calles, encontraba a cada paso nuevas callejas y callejones que se cruzaban de forma aleatoria en lo que parecía una ciudad que vivió una edad de oro con un espectacular desarrollo arquitectónico y después sufrió una larga decadencia. Como resultado quedó sin un proceso modernizador posterior y parada en el tiempo.

De vuelta a la Piazza della Republica retorné al vehículo subiendo por Via Rafaello, una de las más bonitas de Urbino y que conecta la Piazza della Republica con la Piazza de Roma, próxima al Parco della Resistenza. Lugar donde empecé esta visita.

La Via Rafaello nos recuerda que en esta ciudad y en esta calle nació el pintor Rafael, cuya vivienda hoy se puede visitar.

Contrada MONTE

URBANIA

Cruzando fértiles valles, con una vegetación exuberante, llegué a Urbania. En el alto valle del del río Metauro y muy próxima a Urbino, descubrí este lugar pintoresco, tranquilo y singular. La paz que transmitía la población, con su ambiente agradable y relajado, me ofrecía bellos paisajes con el río que la atraviesa con un serpenteo en tres de sus lados desde el fondo de una garganta profunda.

Rodeada de un paisaje rural de colinas plantadas con cuidado, con el verde de los bosques, los árboles, el sol, el arrullo del río y el sonido de los pájaros, aspiraba el húmedo aroma que desprendía su verdor y de la atmosfera cálida que me envolvía.

La ciudad era pequeña con hermosas calles estrechas en las fachadas proliferaban las columnas y las arcadas que proporcionaban sombra a los paseantes, en las horas más calurosas del día, y bajo ellas proliferaban comercios de todo tipo donde todavía se podía sentir el ambiente tradicional de los antiguos pueblos medievales.

Caminaba a través de sus estrechas calles y callejones sin ver apenas gente y me impresionaba que esta rustica ciudad medieval tuviera un diseño urbano tan regular, que las calles fueran tan largas y rectas, todas paralelas o perpendiculares formando una retícula perfecta. Sus casas antiguas estaban bien conservadas y veía por doquier edificios pintorescos de la Edad Media hasta el Renacimiento.

En 1284 comenzó la construcción de Urbania bajo las órdenes del Papa Martín V. Guillaume Durand realizó un desarrollo arquitectónico que se asemejaba a la configuración de Bolonia, por lo que algunos llaman a Urbania “el Bolonia en miniatura”, y cuyo nombre en honor a su diseñador se convirtió en Casteldurante.
Más tarde Casteldurante se convirtió en una posesión del ducado de Urbino en 1427, entonces la familia Della Rovere hizo de Casteldurante su lugar de vacaciones en el verano. El último duque de Urbino, Francesco Maria II, decidió vivir aquí permanentemente. Cuando murió, en 1631, todo el territorio del ducado de Urbino pasó a formar parte de los Estados Pontificios. Una vez de vuelta bajo el control de la Santa Sede tomó su nombre actual en honor del Papa Urbano VIII. Urbania.

RISTORANTE
PIZZERIA

Urbania es rica en iglesias, entre las cuales la famosa Iglesia de los muertos, una capilla que alberga los restos de cuerpos humanos momificados en una habitación situada detrás del altar principal de la iglesia. Y también palacios como el palazzo Ducale, el edificio más importante de la ciudad, ahora es la sede del Museo, la Biblioteca y Archivo Municipal.

El palacio, a orillas del río Metauro, poseía una estructura sencilla y al mismo tiempo impresionante. En su interior se conservan los mapas de Mercator, inventor del sistema de proyección cartográfica, junto a obras de Durero, Rubens Tintoretto, Ghirlandaio, Barocci" y Zuccari.

Después de caminar por las calles medievales y antiguas murallas, disfrutar de la imagen del Palazzo Comunale del siglo XVI con su campanario y el complejo renacentista del Teatro Donato Bramante que nos recuerda que Urbino fue el lugar de nacimiento del arquitecto Bramante. Me despedí de esta encantadora ciudad sobre uno de los puentes del río. Disfrutando de unas maravillosas vistas de la curva del río Metauro.

Urbania fue galardonada con la Medalla de Bronce al Valor Militar por su contribución a la resistencia en la liberación del fascismo y del Nazismo (en particular, las actividades de la brigada Garibaldi Romagna). Pero injustamente sufrió un trágico bombardeo el 23 de enero 1944 por las fuerzas aliadas lo que causó la devastación y 248 víctimas civiles.

FANO

Llegué a la caída de la tarde a Fano y estacioné en el área de autocaravanas que se hallaba al lado de las murallas de la ciudad. Me dirigí inmediatamente… al mar, al encuentro con el Adriático. Hace tiempo recorrí en vaporeto las islas de la laguna de Venecia pero no creo que aquello se debiera considerar… el Mar Adriático.

Franqueé el Fano histórico en dirección a la playa, que se hallaba alejada de él, y localizada en el moderno Fano. La ciudad estaba bañada en el dorado almíbar de la luz de la tarde que caía sobre los tejados de un casco histórico pequeño, apacible, atractivo y armonioso.

La mayoría del centro histórico de Fano constaba de casas típicas de ladrillo o piedra que datan de tiempos medievales o han sido construidas en más tiempos modernos pero con el mismo estilo. Y otras reconstruidas ya que durante la Segunda Guerra Mundial sufrió fuertes bombardeos que destruyeron gran parte de la ciudad antigua (en este viaje descubrí lo que nunca el cine cuenta, las numerosas poblaciones históricas Italianas que fueron destruidas por los bombardeos aliados, con numerosas muertes de civiles).

La línea del ferrocarril separaba la ciudad vieja del centro moderno que ha crecido a lo largo de dos porciones de playa de arena fina.

Al final de una pendiente apareció… el azul profundo con pinceladas de nácar y al momento sentí la suave brisa del mar sobre el rostro.

El mar reflejaba el sol de la tarde como un espejo roto y en cuya superficie se diseminaban miles de fragmentos de luz. Me quede sentado en la caliente arena mirando el espectáculo parpadeante de luz y color, el aire del mar era agradable en aquel caluroso día y las aguas estaban tranquilas. Cerré los ojos y dejé que el viento cargado de brisa, de mar, de perfume, aromas a sal acariciara mi rostro.

El paseo marítimo, estaba bien cuidado, lleno de jardines, parques infantiles y senderos para bicicletas unían largas playas, de arena o guijarros de 20 km interrumpidos por el puerto pesquero y el puerto deportivo. Paseaba por los muelles disfrutando de la brisa, fresca y al mismo tiempo cálida, que recorría la superficie de las aguas. Pequeñas olas dibujaban miles de centelleos en la superficie del mar y me relajaba el suave rumor del oleaje que acariciaba los muelles.

Así terminé un día en el que había comenzado el viaje en San Leo. A la noche encontré un lugar tranquilo para leer, a la luz de una farola, y disfrutar del silencio y el frescor nocturno.

Al día siguiente me había levantado temprano para disfrutar de la paz que brindaban las calles vacías, pero para mi sorpresa… era día de mercado. He coincidido con numerosos mercados, en plazas de ciudades, pero nunca había visto uno que llenase la ciudad entera.

Las calles y plazas estaban atestadas y bullían de vida por lo que a veces resultaba difícil caminar. Allí se vendía de todo, los mercaderes mostraban sus mercancías bajo multitud de toldos que cubrían el cielo, era imposible observar las fachadas, fuentes, esculturas… en definitiva… la ciudad. Y no había viajado tanto y tan lejos para contemplar mercadería.

La presentación de esta ciudad ha quedado pobre, sin imágenes, solo añadiré algo de su historia. La historia de Fano tiene más de 2.000 años. Fue el asentamiento romano más grande del Mar Adriático, la ciudad era un importante puerto y también un cruce fundamental en donde se unían la Ruta proveniente de Roma, la vía Flaminia, con la ruta costera principal.

Cuando Julio César cruzó el Rubicón, con sus legiones camino a Roma, fue tomando las ciudades de la línea costera de Pesaro, Fano y Ancona.
César Augusto construyó una muralla, de la que se conservan algunos restos. Augusto construyó también un arco, en el año 2 a. C., a la entrada de la ciudad que aún existe con el nombre del Arco de Augusto y es la entrada principal al centro histórico de Fano.

Con la caída del imperio Fano fue incendiada y destruida en 538 por los godos de Vitige, más tarde reconstruida por Belisario, general del imperio romano de Oriente cuyo emperador Justiniano tenía su residencia en Constantinopla. Belisario en sus campañas consiguió recuperar para Justiniano numerosas ciudades italianas, incluida la capital Roma.

Después de unos siglos de dominación por los longobardos (en el 726 y que fueron los que dieron el nombre a esta región, La Marche, la frontera), los francos de Carlomagno y en 999 donado a la Iglesia por Otto III. En 1114 Fano era un municipio libre.

Después de la dominación de la familia Malatesta (1357-1463), Fano, conquistado por las tropas papales, se somete a la jurisdicción del Papa. De la época de la familia Malatesta son el Palacio y la fortaleza, situada a lo largo de la canal del puerto, construidos a instancias de Segismundo Malatesta en el siglo XV.

También llamado Baluarte de Sangallo fueron remodeladas los antiguos muros de Malatesta en 1532. El Bastión fue diseñado por Antonio da Sangallo el Joven, cuando el papa Clemente VII quiso una revisión completa de las estructuras defensivas en la Marca de Ancona. El trabajo se completó en 1552 por Luca da Sangallo en el período del pontificado de Julio III para proteger la ciudad de los peligrosos ataques de piratas. Y la ciudad se enriqueció con fortificaciones, iglesias y palacios y la competencia de mecenazgo entre las familias nobles de la ciudad.
Decepcionado por no haber podido disfrutar de un paseo tranquilo por la ciudad regresé a la cercana área de autocaravanas y marché dirección a Pesaro.

PESARO

Un día más el sol lucía resplandeciente en un cielo azul sin nubes y la carretera discurría paralela a las playas y el mar sobre las que el sol matinal, bajo en el horizonte, bruñía el agua con un resplandor como de miel.

Entré en Pesaro por su zona balnearia…era preciosa la costa baja y la larga franja de playa arenosa con el horizonte de mar y colinas envolviendo el paisaje. Pero las edificaciones eran modernas y feas. Circunvalaciones y rotondas, embotellamientos, semáforos y los aparcamientos estaban llenos a rebosar… lo típico de una ciudad costera en plena época vacacional borraron las bonitas imágenes que habían prendido en mí.

Estacioné fuera del perímetro del centro histórico y al lado de unos grandes jardines, he inmediatamente me adentre en la maraña de callejones peatonales que llevan a los lugares más inesperados.

Pesaro es famosa por ser la ciudad natal del célebre compositor Gioacchino Rossini y su centro histórico me pareció densamente poblado. Muchísimas bicicletas recorrían las estrechas calles peatonales colmadas de numerosas tiendas y comercios donde algunos de los propietarios ya estaban colocando sus mercancías presentadas en el exterior. Establecimientos, tanto para los residentes como para los turistas, en los que se vendía antigüedades, recuerdos y artesanía de la "famosa" cerámica de Pesaro.

Poco después llegue al centro del pueblo, la Piazza del Popolo, que en realidad es una plaza pequeña casi de forma cuadrada y con una fuente en el centro y alrededor edificios públicos de diferentes épocas y estilos muy diferentes entre sí.
Estaba la magnífica iglesia de estilo románico - gótico con la fachada de ladrillo y con el portal de mármol de finales del siglo XIV. También era interesante la fachada de un imponente palacio construido - en frente del Palacio Ducal- decorado con arcos, pilastras y marcos de ventanas rematadas por frontones.
Pero sobre todos resaltaba el majestuoso Palazzo Sforzesco o el Palacio Ducal construido por orden de Alessandro Sforza. El Palacio Ducal (ahora la Prefectura), con un gran porche en la planta baja, estaba ligado a la historia de los señores que residieron aquí desde el s.XIII al s.XVIII. De 1631 a 1797 se convirtió en la sede del cardenal, legado papal, que gobernaba la ciudad y con la unificación de Italia se convirtió en la prefectura. Por lo cual no era visitable.

En el centro de la plaza hay una hermosa fuente octogonal del siglo XVI llamada la pupila de Pesaro. Está adornada con tritones, caballos y otros elementos y fue erigida por encargo de Francesco della Rovere con mármol rojo de Verona y piedra blanca de Istria… o debería, ya que también esta ciudad fue objeto de bombardeos Aliados en la segunda guerra mundial y su fuente destruida ¿objetivo estratégico? La que contemplaba era una construcción de 1960.
El pavimento de la plaza estaba dividido por las rayas blancas de piedra que formaban una especie de tela de araña.

Caminaba por un centro histórico de particulares calles entre elegantes palacios, museos, iglesias… pero algo fallaba… no encontraba la panorámica especial. Al mirar por el visor de la cámara no veía un conjunto armonioso ni particularmente pintoresco. Faltaba la magia, el misterio y una fantasía que me transportase a dimensiones paralelas de bellas ensoñaciones.

La historia de Pesaro es similar a las de las poblaciones vecinas. Sus orígenes son muy antiguos, 184 aC, cuando Pesaro se convirtió en la colonia romana Giulia Felice. Caído el Imperio Romano de Occidente (476.dC) sufrió las invasiones de los godos. Después del incendio de la ciudad en 544 regresó al Imperio Romano de Oriente.

Durante la dominación de Constantinopla participó en el Pentápolis marítimo con Rimini, Fano, Senigallia y Ancona. Liutprando, rey de los lombardos, la conquistó y la gobernó hasta 752 cuando regresó bajo el exarcado de Rávena.

Tres años más tarde pasa bajo el dominio de Pepino, rey de los francos, quien se lo da al pontífice Esteban III. La donación fue confirmada por Carlomagno en 77, dando lugar a la pertenencia de la ciudad a los dominios papales.

Se convirtió en una comuna próspera en la primera mitad del siglo XII y participó en las luchas entre el Papado y el Sacro imperio Romano Germanico.

Permanece al señorío de la familia Malatesta desde 1286 hasta 1445 cuando fue vendido a Alessandro Sforza, hermano del duque de Milán.

Este último es sucedido por su hijo Costanzo y luego Giovanni Sforza esposo de Lucrezia Borgia. Tras el breve reinado de César Borgia, hermano de Lucrecia e hijo del papa Borgia, (1500-1503) Giovanni Sforza gobernó la ciudad hasta 1512 cuando se hizo cargo los Della Rovere, el duque de Urbino Francesco María I.

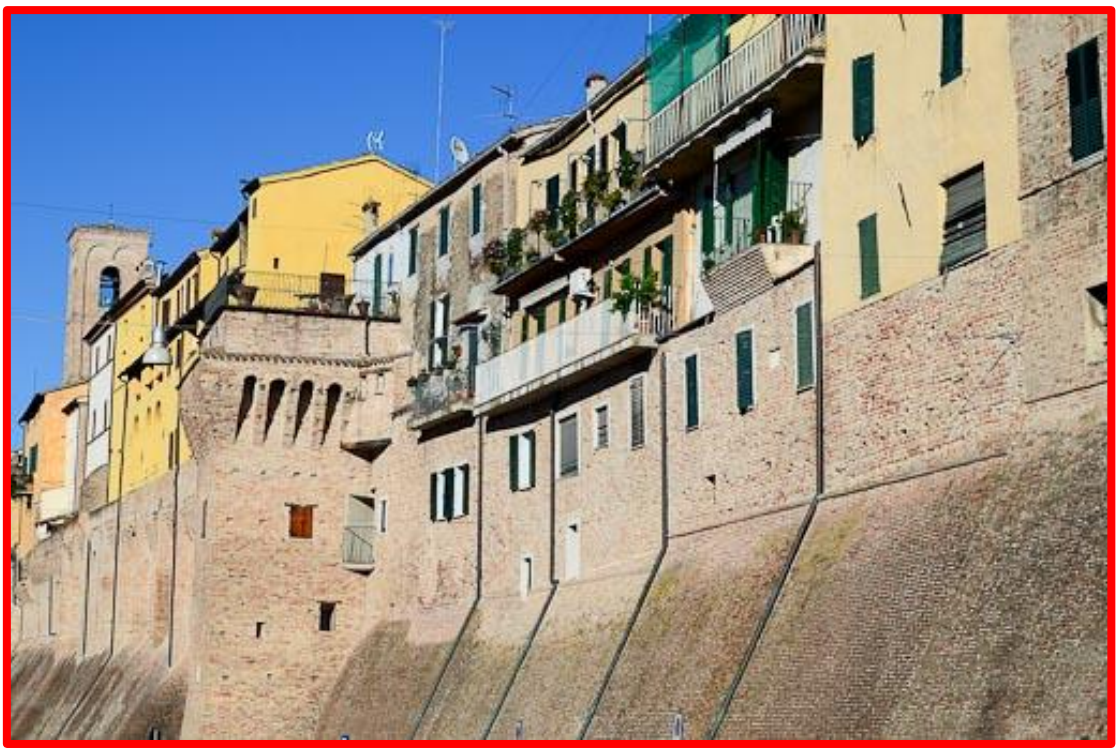
La ciudad comenzó a expandirse bajo los Sforza y los Della Rovere que la adornaron con magníficos edificios como el Palazzo Ducale y Villa Imperiale, se extendieron las murallas y se amplió el puerto.

El sucesor Francesco María abdicó en 1626 y cedió a la Iglesia el ducado de Pesaro y Urbino. La dominación de la Iglesia finaliza el 11 de septiembre de 1860 cuando el general Cialdini la ocupó anexándola al Reino de Italia bajo Vittorio Emanuele II.

Destruido en su mayor parte en la Segunda Guerra Mundial, fue reconstruido y expandido hasta que asumió la apariencia de hoy.

Abandone la ciudad en dirección a Ancona… y a la salida volví a quedar atrapado en los embotellamientos.

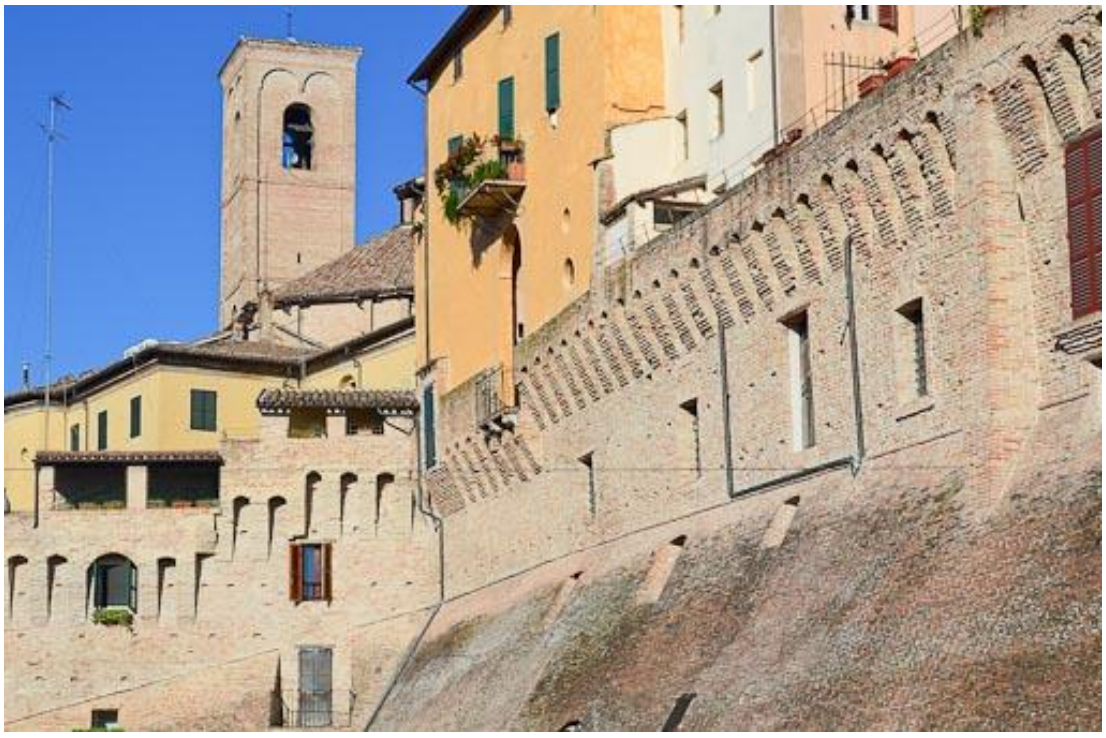
JESI



Conducía hacia el sur, el sol de la tarde era cegador, y el calor era cada vez más intenso. No había viento y el mar que bañaba la costa era como una sábana de seda.

Ancona apareció ante mí, dudaba de visitarla ya que había leído que fue destruida por los bombardeos aliados. Pero la densa circulación, los embotellamientos y que el área de autocaravanas que llevaba como referencia era inexistente. Hechos que disiparon la duda y marché hacia el interior, a una pequeña población… a un sueño que me invitaría a abandonarme para revivir el pasado.

Dejando atrás la circunvalación de Ancona las carreteras serpenteaban a través de vastas extensiones de colinas y de campos. Conducía por encantadores paisajes donde los cultivos reinaban en el silencio y la paz suprema.



Las coordenadas del área, esta vez no fallaron, y me guiaron a un parquin mixto. Enfrente se alzaban las murallas de la ciudad que parecían brillar por su belleza.
Jesi se mostraba rodeada de una larga muralla de forma trapezoidal de un perímetro de 1,5 kilómetros y por encima destacaban las viviendas perfectamente integradas en los muros de ladrillo. Las murallas y los elementos típicos del sistema defensivo como torres de diversas formas, las puertas y las casas se mezclan en muchos lugares y las ventanas indicaban la presencia de las viviendas.
Desde el parquin unas escaleras, que remontaban las murallas, me acercaron al centro de la ciudad y su única arteria principal que recorría la ciudad de un extremo a otro. En esta "avenida" se veían los edificios más importantes y las mayores plazas. Y la luz cegadora se abría paso por entre los aleros de las casas.

Alcancé la Piazza del Duomo justo en el centro de la ciudad. El aire era cálido y quieto y en la escena había una paz… el lugar desprendía una fuerza serena y siempre he sido atraído por lugares mágicos donde todavía se puede respirar el aire del pasado.

Esta plaza fue el lugar de nacimiento del emperador Federico II futuro emperador del Sacro Imperio Romano-Germanico. El 26 de diciembre 1194 Constanza de Hauteville, cuando se dirigía a reunirse por navidad con su marido Enrique VI en Sicilia, le entraron los dolores de parto.

Por su avanzada edad había sospechas e insinuaciones de un embarazo falso y para disipar cualquier duda sobre el nacimiento del heredero al trono instaló una tienda de campaña en esta plaza, dando a luz públicamente, a fin de eliminar cualquier recelo. Una placa, sobre el pavimento de la plaza, indicaba el lugar exacto de este hecho y también recordado por un monumento ecuestre de este emperador.

La plaza era hermosa y con un diseño arquitectónico elegante, rodeada de un complejo de bellos edificios, el Duomo, la antigua iglesia de San Florian, varios palacios y en el centro destacaba la fuente-obelisco, una obra de 1844 trasladada a este lugar en 1949.

Desde la plaza me encaminé hacia las calles que discurrían paralelas a la vía principal. Caminaba con el placer y tranquilidad que siento por las calles estrechas. Unos pasajes serpenteantes y retorcidos de la ciudad histórica que me hacían descubrir rincones y plazas llenas de historia.

Era una auténtica joya perderse en los claustrofóbicos callejones de esta pequeña ciudad donde las callejuelas eran tan estrechas y tortuosas como si las viviendas y travesías hubieran surgido desordenadamente según crecía la ciudad y a cada paso descubría nuevos matices que no dejaban de sorprenderme.

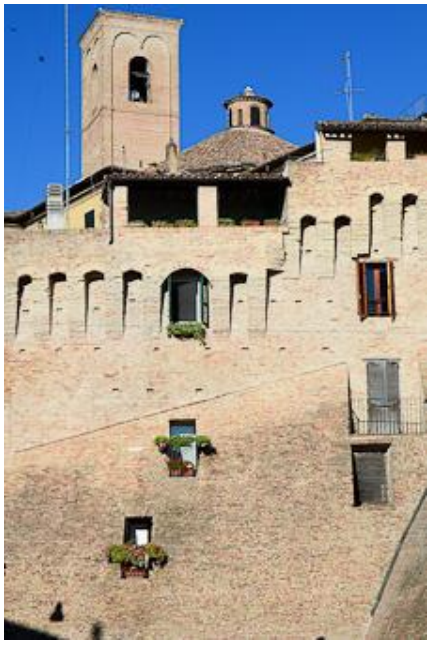
Escuchaba el ruido de mis pasos en el adoquinado de la calle y olía aromas de ajo, tomate y aceite de oliva que escapaban de las casas. Los callejones se extendían costeados, por un lado, por las paredes de las casas y por el otro, por los muros de la ciudad y las viviendas adosadas a estos. Y a pesar de la claridad del día el lugar estaba sumido en la penumbra a causa de la estrechez y la altura de las casas. Y aparecían, entre luces y sombras, los detalles pintorescos de las fachadas.

El paseo por las murallas ofrecía una magnifica vista de la ciudad. Recorrí con la mirada el panorama circundante de colinas cubiertas de viñedos y cultivos que se transformaban, con los continuos cambios de color, en verdaderas obras de arte. Miradas encantadoras e inolvidables… como cuadros en una exposición. No había turistas, la soledad me acompañaba y el entorno con el ambiente decadente de antaño eran como aromas de otro tiempo que aun podía aspirar y me traían especiales visiones.

La tarde avanzaba trayendo consigo el piar de las golondrina, y los ladrillos desnudos de las murallas resplandecían con la luz anaranjada del atardecer.
De noche me acomodé en la plaza del Duomo leyendo un libro y disfrutando del silencio y el hechizo del crepúsculo que hacía todo más oculto y sugestivo. Pensaba en este lugar, en la gente que estuvo aquí antes que yo, en la antigüedad y era como si aún hubiera algo de ellos en el aire.

A la mañana siguiente amaneció con otro cielo claro. Un amanecer puro y silencioso. La brisa ya tibia rozaba mi piel mientras recorría nuevamente las calles de la ciudad mirando como el cambio de luz, del sol del amanecer, creaba nuevas impresiones sobre la ciudad.

JESI



SANTUARIO DE LORETO

Una leyenda, una historia y un misterio. A poca distancia de Jesi y en la misma provincia de Ancona hallé este misterioso y fascinante lugar. Rodeada de un entorno bellísimo se alzaba, en lo alto de la ciudad y en la cima de un cerro, una preciosa iglesia amurallada era la Basílica de la Madonna di Loretto. Desde el estacionamiento, fuera de la zona de los parquímetros, me aproximé recorriendo las murallas de Castellane por encima de las cuales despuntaba la obra de la basílica y llegué a la Porta Marina. Antes de ingresar en el recinto de la basílica me acerqué a un balcón panorámico donde disfruté de un sorprendente panorama del mar Adriático y el parque natural del monte Conero.

El sol caía a plomo desde un cielo azul pero la brisa procedente del mar era fresca y agradable y al respirarla percibía aromas y fragancias. Era como un perfume embriagador mientras el bosque brillaba y relumbraba a mí alrededor y las colinas se dibujan, como una extensión en la tierra, de las ondas del mar que remontasen hacia la ciudad.

Al atravesar la Porta Marina, e ingresar en los edificios del santuario, me encontré con una multitud heterogénea en su mayoría peregrinos y otros muchos turistas o visitantes. El bullicio era la seña de identidad de unas calles por las que a veces resultaba difícil caminar.
Llegué a la plaza invadida por la multitud que se apretujaba ante la fachada del santuario, una obra que me pareció grandiosa y el edificio transmitía emociones al contemplarlo.

La leyenda cuenta que ante el final de las cruzadas, con la caída del reino de Jerusalén, y para evitar la profanación de la casa de la virgen María (el lugar donde, según la biblia, el Arcángel Gabriel anunció a la Virgen María la maternidad y donde vivió la Sagrada Familia en Nazaret) fue transportada en 1294 por ángeles hasta la costa Italiana (por razón de este vuelo la virgen de Loreto es la patrona de los pilotos).

Pero la historia nos narra que un miembro de la poderosa familia bizantina de los Angeli (de ahí la confusión del nombre con la leyenda) financió el traslado de la casa por vía marítima, por Templarios y cruzados, a lo que hoy es Croacia, en 1291. Dos años después fue transportada a Ancona y el 10 de diciembre de 1294 llegó a la localidad de Loreto.

Y el misterio es que científicamente ha sido imposible justificar que la casa se haya trasladado por humanos ya que el sitio actual del emplazamiento no posee cimientos y las paredes están apoyadas directamente sobre la roca de la colina, lo que hace imposible la reconstrucción. Los ladrillos se corresponden a material de Palestina y de la misma época. Y además, lo más extraordinario, no se encontraron rastros de argamasa del siglo XII en las paredes si no que la misma es la original del siglo I.

Primero se cubrió la casa con una simple bóveda, luego vinieron las arcadas y la iglesia. Posteriormente alrededor de la casa se erigió, durante el Renacimiento en 1468, una espléndida basílica diseñada por Bramante, uno de los arquitectos que trabajó en la Basílica de San Pedro. El edificio se completó en 1587 con la construcción de la fachada.

La obra me pareció grandiosa y el edificio me transmitía emociones al contemplarlo. Los turistas y creyentes se arremolinaban alrededor de la entrada a la basílica y entrar era algo mágico. Su decoración era magnífica con numerosos frescos, pinturas y obras de arte de algunos de los pintores y escultores más reconocidos. La casa se elevaba en el centro en un ambiente mágico, en silencio, las velas y numerosas personas en oración.

En el exterior caía un sol de justicia, el calor me asfixiaba y el sudor se me pegaba a la ropa. La Piazza estaba muy concurrida y se escuchaba el rumor confuso y alegre de los turistas o religiosos, que buscando el frescor, se agrupaban alrededor de la artística fuente del 1600. Una espléndida fuente monumental adornada con esculturas de bronce y que en la antigüedad servía para satisfacer las necesidades de los peregrinos.

A ambos lados de la Piazza se abrían el Palacio Apostólico, también de diseño de Bramante, con unas prácticas arcadas que me fueron útiles para protegerme del sol y el Palacio de illyrian que sirve de alberge para los peregrinos. Todo el entorno era bellísimo con la plaza, los palacios, la fuente, la basílica y el campanile sobresaliendo por encima.

La cuidad estaba invadida de peregrinos o visitantes y el pequeño pueblo estaba lleno de vida. Y como sucede en estos lugares había mucho comercialismo de recuerdos, postales, libros y todo tipo de temática religiosa. Me despedí de este lugar donde había comenzado, en la terraza panorámica. Contemplé por última vez la costa de Ancona y el mar Adriático antes de penetrar en el calor inclemente del vehículo.

ASCOLI PICENO

Conducía dejándome llevar por el GPS. Atravesaba pequeños valles cubiertos de hierba, hondonadas de color verde intenso y en algunos lugares la cinta plateada de un río.
Había pequeños pueblos y aldeas antiguas, perfectas y encantadoras encajadas entre las colinas que, según el tipo de cultivo, vides, trigo, olivos, se teñían de diferentes tonalidades de verdes y amarillos.

Había granjas desperdigadas por todas partes pero lo que más me llamaba la atención era el fascinante paisaje que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Unas perspectivas redefinidas por las variaciones de la luz y el relieve cambiante bajo una calima de tonos dorados y ambarinos.

Experimentaba una sensación de paz a la vista de tanta belleza… ante los colores del cielo y la tierra.

Acercándome a las estribaciones de los Apeninos, en los confines de las Marcas y próximo a los Abruzzos, el paisaje se volvía más montañoso y salvaje. Aparecieron una sucesión barrancos y crestas agudas, túneles y viaductos que determinaban un paisaje arduo, duro, solitario… En esta aislada belleza apareció Ascoli Piceno encerrada, aún más si cabe, por los dos ríos que fluyen a su alrededor.

Tan bella como desconocida Ascoli Piceno es una de esas ciudades que, si estuviera en alguna de las rutas más populares de Italia, sería invadida por millones de turistas. Pero ahí estaba, con su espléndida belleza, lejos de las multitudes.

Era una ciudad rebosante de maravillas, cada recodo y cada esquina de sus calles era un regalo para los ojos y aquí se saboreaba la belleza, aquí se respiraba una ciudad viva, palpitante, repleta de tesoros artísticos que reflejaban una huella en el tiempo y en la historia.

frutta e verdura

La luz del día se colaba por los callejones creando juegos de luces en los edificios de fachadas medievales o renacentistas que producían una atmosfera especial e invitaba a perderse entre ellos. Me metí por un laberinto de callejones que me adentraron en el corazón palpitante de la ciudad. La Piazza del Popolo.

Bajo un cielo uniformemente azul aparecía este espacio vivo, vibrante y hermoso que respiraba una especie de imperturbabilidad secreta, de inviolabilidad mantenida. Como si hubiera sido clausurada durante siglos, con el aire estancado entre sus paredes. Esta Piazza formaba un componente artístico constituido por edificios de estilos muy variados creando un conjunto que no podría ser más armónico. Quedé impresionado por la grandeza de esta hermosa plaza, quizás unas de las más bonitas de Italia.

Sobre su pavimento de mármol travertino, de una luminosidad especial, se elevaban unos bellos palacios medievales, que con telón de fondo de las montañas circundantes, creaban un efecto refulgente, dorado y acogedor bajo la luz del sol.

PATTINAGGIO CORSA
CAMPIONATI MONDIALI
ITALIA 2012

La majestuosa fachada del Palazzo dei Capitani del Popolo s.XIII-XIV, con su campanile y el reloj, dominaba un extremo de la plaza. Enfrentada a este aparecía una airosa columnata de arcadas, pórticos y logias que originalmente albergaron los talleres de los artesanos y hoy en día son pequeñas tiendas y restaurantes, cafés y terrazas. Y cerrando el conjunto la austera, pero preciosa, iglesia de S. Francesco.

Pasando por la parte posterior de la iglesia de S.Francesco y la Via delle Torri asomaban algunas de las torres que quedan de las 200 que llego a tener, como las llamadas torres gemelas.

Dejando atrás la plaza Ventidio Basso y la plaza San Agustín me introduje en una serie de callejones que me llevaron a unos de los lugares más románticos de la ciudad, la Porta Capuccina.

La Porta Capuccina, junto al puente romano (puente de Augusto s.I a.c) de la Porta Solestà, era una de las principales puertas de entrada a Ascoli Piceno medieval.
Las seductoras vistas de la ciudad con el fondo de las torres medievales, las colinas, el eco del río Tronto en una profunda garganta plena de densa vegetación, eran imágenes que producían una sensación de ausencia de tiempo.
Ascoli Piceno es conocida como la ciudad de las cien torres. Esta ciudad tenía 200 torres gentilicias antes de que Federico II (aquel nacido en Jesi) en el año 1242 mandara destruir 90 de ellas. Hoy se pueden contemplar unas 50. Muchas de estas torres, a lo largo de los años, han sido redimensionadas e incorporadas a las casas o transformadas en campanarios de iglesias.

La historia de Ascoli siguió a la del Imperio Romano: la ciudad creció y se realizaron grandes obras, algunas de ellas todavía visibles (murallas, anfiteatro y puente...). Después de la caída de Roma Ascoli sufrió las invasiones bárbaras. Siendo saqueada y destruida en dos ocasiones.

La ciudad se convirtió en parte del ducado de Spoleto y, después de la caída de los lombardos, fue destinada bajo el control de la papa.
A finales de 1100 se convirtió en un municipio libre y, sólo por ser un aliado del papado, en 1242 fue invadida por Federico II (la guerra entre el Imperio Germánico y el Papado por la cuestión del poder terrenal o el celestial). Este fue el tercer y quizás más terrible pillaje de la ciudad ya que casi la mitad de las doscientas torres de Ascoli fueron demolidas y el fuego ardió durante días.

A principios del siglo XVI, el papa Julio II convirtió la ciudad en parte del Estado Papal. En 1860, la ciudad de Ascoli se anexionó al Reino de Italia.

Al otro extremo de la ciudad aparecía la hermosa Piazza Arringo, es la plaza monumental más antigua de Ascoli y conocida como la plaza de los museos. Era muy espaciosa, rectangular y decorada con importantes palacios del s.XIII, la catedral de San Emidio, el Baptisterio de San Giovanni y la oficina de turismo. Poseía en los lados opuestos dos preciosas fuentes gemelas de bronce, las fuentes de los hipocampos.

Hacía calor y no corría siquiera una brizna de aire, la plaza estaba desierta y las viviendas silenciosas. Solo había alguna actividad en las sombreadas terrazas de la plaza. Aquí la vida parecía diferente, más lánguida y pausada, la regeneración de la paz y la tranquilidad. En un extremo se alzaba la Catedral dedicada al patrón de la ciudad San Emidio, austera en el exterior pero con un interior precioso y colorido.

Y la noche ponía de relieve las fragancias de la naturaleza que rodeaba la ciudad. Bajaba la brisa fresca de las montañas y yo paseaba por la ciudad acompañado de las farolas de luz pálida que creaban un cálido ambiente al anochecer.

La Piazza del Populo estaba bañada por el brillo de la luz artificial y podía sentir como respiraba la ciudad. Acompañado de este escenario descansé de las emociones del día leyendo un libro a la vez que veía como los habitantes y visitantes paseaban alrededor de la plaza o charlaban en las terrazas de los pórticos.